

CAPÍTULO I

MINUTO CERO

—¡Mamá, no quiero ir al colegio!

Miko miró por encima de la sábana que le tapaba, y oteó el día a través de los visillos blancos que ondeaban ante su ventana abierta.

Obviamente, era ya tarde.

Hacía un día maravilloso, ya bastante amanecido, uno de esos días de septiembre en los que el verano todavía se resiste a marcharse. Como un niño pequeño que se siente mayor y que, a medida que ve que le hacen caso, se va viniendo arriba, hasta que llega el mediodía y saca todo su calor a pasear. Era un otoño recién nacido que se siente un poco verano adolescente.

Iba a hacer calor hoy, como ayer también. Y cuando hace calor, lo que apetece es pasarlo en la piscina, no en el colegio.

—Me acuerdo de un chiste de un niño que no quería ir al colegio...—empezó mamá desde el pasillo.

—¡Horror! ¡No! ¡Un chiste de mamá!

De un salto, Miko se precipitó al suelo como un poseso de los videojuegos sobre su tablet.

¡Un chiste de mamá!

Que peligro, pensó Miko, cuando mamá se pone a contar chistes, ocurren dos cosas:

Una, que no para, porque uno le recuerda al siguiente, con la coletilla de: “ese es como aquel otro...”.

La segunda cosa que pasa... es que no pasa nada.

Nadie se ríe.

Bueno, sí, nosotros nos reímos, pero más por cariño que porque nos hagan gracia.

A ver, tampoco son malos los chistes, lo que pasa es que son siempre los mismos. Y el del chico que no se

quiere levantar ya me lo sé. Esta es la versión cuarenta y seis punto cero.

—Sí, hombre, el del que no se quería levantar y decía: “Mamá, que no quiero ir al colegio”, a lo que ella contesta “Tienes que ir por tres razones” ...

—Uff... demasiado tarde... (la próxima vez me levanto a la primera, ya no hay nada que hacer).

—La primera razón, porque es tu deber. La segunda, porque tienes cincuenta y cuatro años. Y la tercera, porque eres el director del colegio.

—Buenísimo. Muy gracioso, el chiste.

La imagen de Miko por el pasillo era todo un poema, pero de esos en los que los versos no riman unos con otros.

Un poema malo, vamos.

El pantalón del pijama lo tenía torcido, y le hacía unas arrugas en modo de espiral que le hacían parecer una especie de peonza. Las perneras del pantalón estaban desiguales, porque la derecha se le había subido y se le había quedado arremangada en la rodilla. La camiseta, por el contrario, estaba bastante bien, si no fuera por el pequeño detalle de que no se trataba de la

camiseta del pijama, sino del polo del colegio. Claro, en el fragor de la batalla contra el sueño a altas horas de la madrugada (las nueve de la noche) es difícil distinguir un polo de otro. Ahora, lo importante era concentrarse para no ir con la camiseta del pijama al colegio.

Una vez consiguió coronar la cima del cuarto de baño, Miko se aseguró de que el rostro que le miraba con un ojo abierto y el otro cerrado por un pegote de legañas era realmente él, Miko, el único, el auténtico.

Durante cinco minutos se apresuró a buscar un cepillo de dientes, que untó con un poquito de dentífrico. Un poquito nada más, decía siempre mamá, en los anuncios ponen mucha pasta para que gastes más.

Como un buen chico, Miko obedeció y puso solo un poquito... del jabón de afeitar de su padre que cogió de aquel tubo que tanto se parecía al de la pasta de dientes.

Esto os da una idea del estado de inconsciencia en que se encontraba Miko, no porque hubiera cogido el jabón de afeitar de papá, sino... porque ni siquiera se dio cuenta.

Después de luchar denodadamente contra las medias maddlenas que se le hundían en su leche con cacao

y que había que ir pescando a trozos con la cucharita, Miko salió de casa. Por suerte, aquel día no había que pensar en el horario, ni en los libros, ni en exámenes. Ni siquiera era necesario pensar. Era el primer día de curso, el primer día de su flamante cuarto de primaria, que, de sopetón, tomó un cariz mucho más amable cuando, ya en la calle, se encontró con Pacorro.

—Hola.

—Ah, hola.

Como si se hubieran despedido hace un ratito, cuando en realidad eran amigos inseparables que hacía dos meses y medio que no se veían. Pero eran hombretones hechos y derechos que, a sus ocho añazos, se sienten tan hombretones que les parece poco viril manifestar sus sentimientos, sobre todo si son de alegría.

Así fueron andando por la calle durante un rato. Los dos estaban contentísimos de encontrarse con sus amigos, pero ninguno era capaz de decirlo. Simplemente, iban el uno al lado del otro, encantados de no tener que ir solos al colegio y también felices de tener buenos amigos.

Tan feliz estaba Miko que no se dio cuenta que al lado de Pacorro iba otro chaval.

Bueno, al lado es demasiado decir. Más bien iba medio detrás, como escondiéndose de Miko o colgado de su cinturón como si Pacorro llevara un llavero.

—¿Quién es este chaval? —preguntó un poco por lo bajini.

—Es mi primo Josi. —dijo Pacorro.

—¿Jose?

—Josi, le llamamos Josi. Realmente se llama José Ignacio, pero todos le llaman Josi.

—Nunca había oído ese nombre. Suena raro —dijo Miko, espontáneamente.

—Pues más raro suena eso de “Mico” —dijo el llavero de Pacorro, que de pronto se puso a hablar—. Un mico es un mono pequeño.

—Caramba, chaval, se ve que la gracia no va de acuerdo con el tamaño. Mucha gracia para tan poco centímetro —le soltó Miko con una sonrisa socarrona.

—¿Por qué te llaman Mico? —el llavero seguía insistiendo.

—Es Miko con k de kilo. Me llamo Miguel, pero mi madre es vasca y siempre me llamaba Mikel. Lo que pasa es que cuando era un bebé, mi padre me decía que era un mico, así que me quedé con Miko, pero con k de kilo.

—O sea, que tiene que ver con los micos.

—A ver, chaval, ¿tú a qué curso vas? —Miko intentó cambiar de tema.

—Voy a empezar primero de primaria, Miko con k de kilo —le espetó Josi.

—Pues prepárate, chaval. No te queda nada. Hasta que llegues a cuarto... —Miko resopló como cuando algo te parece muy fuerte.

A Miko le parecía que llevaba ya un siglo en el colegio, y que ya en cuarto de primaria podía considerarse un viejo veterano al que había que pedir consejo.

—Pues mucho cuidado con don Adolfo. No suele enfadarse salvo cuando le faltan el respeto a alguien. Eso no lo soporta. Y doña Martiña, no soporta que le hagas mala caligrafía. Así que ya puedes ponerte las pilas.

—No tengo pilas. Además, se llama doña Martina.

—Eso era antes, desde que se le puso el pelo gris y empezó a teñírselo de rojo le cambiamos el nombre para adaptarlo a su nuevo look.

—O sea que doña Martiña. Ya.

—Y lo de ponerse las pilas es una forma de hablar, una frase hecha. No es literal.

—¿Lite qué?

—Déjalo, chaval, ya lo aprenderás en tercero. Hasta que llegues... significa que tienes que esforzarte mucho desde el principio, desde el minuto uno.

—Será desde el minuto cero.

—¿Por qué el minuto cero?

—A mí me han dicho que los números empiezan por el cero, luego uno, dos, tres...

—Ya, pero el primer minuto siempre es el minuto uno. Si un tío mete un gol a los treinta segundos, se dice que lo ha metido en el minuto uno, no en el minuto cero.

—Pues está mal dicho —espetó el llavero de Parcarro—, habría que decir minuto cero, que es el primero.

—¡Uff! —pensó Miko para sus adentros— Este va a ser un año realmente interesante con este mequetrefe tan divertido...